



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Geopolítica del diálogo religioso

Federico Aznar Fernández-Montesinos
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento y Moral Militar

*El otro no es nunca el desarrollo de mi libertad, sino obstáculo.
El infierno son los otros y contra esto no hay solución alguna.*

Sartre

16 de noviembre 2024

La diferencia

La primera condición para que existan conflictos es que haya grupos. Sin grupos no hay conflictos. Y, a su vez, para que existan grupos es preciso también que se den diferencias. Y es que la diferencia por definición, rompe con la homogeneidad y genera asimetría permitiendo la existencia del «otro». Por éste se siente curiosidad primero, desconfianza después, y, finalmente, odio. La razón es que el individuo o grupo no pueda proyectarse en el otro impidiendo la empatía y la alteridad.

Etnia, lengua, religión y cultura son etiquetas, elementos de definición identitaria al tiempo que planos habituales para el conflicto. Esto es, actúan como mecanismos de polarización, promoviendo el alineamiento de la población según la lógica de

clasificación dentro-fuera. Son los denominados *cleavages* o líneas de fractura. La cuestión es que todos estos elementos están entrelazados de un modo difícilmente disociable. Por más que, teóricamente, se definan con nitidez, en términos prácticos, tal diferenciación es muy difícil.

En la lógica primera, el nacionalismo, «la ramita torcida» de Schiller, «toma los hechos neutrales de un pueblo –la lengua, territorio, cultura, tradición e historia– y los convierte en una narración..., toma las «diferencias menores y –en sí mismas irrelevantes– y las transforma en grandes distinciones» (Ignatieff, pp. 54 y 55). Con todo, las características identificadoras, los elementos identitarios, son «comparativamente neutrales», pero contienen un elemento mítico, son «portadoras de una carga emocional y además se construyen mediante un relato selectivo sobre el pasado, con elementos de agravio y de victoria» (Glover, p. 203). Es el narcisismo de la diferencia menor: «el narcisista no tiene interés por los demás, salvo en aquellos aspectos que le reflejan» (Ignatieff, p. 55).

Los particularismos étnicos, lingüísticos o religiosos han retornado a causa de la uniformización impuesta por la globalización. La globalización es un proceso de racionalización cultural y, por tanto, no es un proceso pacífico. Esta no solo ha hecho que Norte y Sur se encuentren, sino también que el Este y Oeste se hayan hecho conscientes de su diversidad racionalizándose. Y eso cuando se produce una transferencia de sacralidad, esto es, una transferencia de lo sagrado desde la religión al grupo (Glover, p. 203).

Estamos ante una antitética combinación de «un cosmopolitismo basado en valores incluyentes, universalistas y multiculturales», por un lado, «y la política de las identidades particularistas...basada en una identidad concreta sea nacional, de clan, religiosa o lingüística», por el otro. Es por ello que «la nueva política de identidades consiste en reivindicar el poder basándose en etiquetas» (Kaldor, p. 21).

Identidad y cultura

Una cultura es un conjunto de entendimientos compartidos sobre el mundo y las construcciones artificiales del grupo; este conjunto forma un todo coherente (Garvía, p. 24). El etnocentrismo presenta lo propio como natural y lógico, mientras lo ajeno es extraño, extravagante, cuando no una agresión. Este narcisismo era ya apuntado por Freud como inherente a la conducta humana. Algo resulta querido cuando se asemeja a nosotros y nos confirma; e inversamente, algo es hostil en función de su lejanía. Estamos ante una dinámica que imprime una tendencia egocéntrica de signo autista, cuando no se reconocen referencias en otros interlocutores: «el narcisismo de la diferencia menor consiste, pues, en la entrega

a una fantasía colectiva que permite a los individuos amenazados o ansiosos evitar el esfuerzo de pensar por sí solos e incluso de pensar en sí mismos» (Ignatieff, p. 65).

Es un sentimiento comúnmente reconocido, que cuanto más inseguro se siente el hombre, más se afirma en su identidad, siendo en consecuencia las sociedades donde resultan particularmente estrechas las identificaciones entre sus miembros aquellas en que más enconadas son las disputas (Storr, p. 100).

Esta actitud, puede derivar en una creencia, asumida por el darwinismo primero y por el social darwinismo después, que se sustenta en lo que consideran las constantes del comportamiento humano, esto es, en el carácter ineludible, casi innato y determinista, del odio hacia los otros grupos (Ternon, p. 106).

Así, como decía Freud en *El malestar en la cultura*, cuanto menor es la diferencia, mayor es la violencia que sirve para evidenciarla. La razón radica en que ésta sirve para la reafirmación de tales diferencias. Por eso los conflictos internos, las guerras civiles o las herejías, son los más violentos de todos. En ellos el reconocimiento es máximo, como también lo es la oposición y, por si fuera poco, no existe alteridad, pues cualquier atisbo de esta es traición. De este modo, la globalización, al aproximar lo diverso, ha generado una suerte de homogeneización, pero también, y como contestación, una disonancia cultural que se traduce en fragmentación; la globalización superpone las diferencias para aniquilarlas y progresar.

Religión y cultura

La cultura de una sociedad enmarcada en el contexto de la civilización constituye un espacio difuso que encarna en sí mismo una propuesta de sistema de valores y normas. Núcleo vertebral de esta propuesta son tanto el lenguaje como el hecho religioso: no en vano «casi todas las grandes instituciones sociales han nacido de la religión» (Durkheim, p. 630).

Con los valores propugnados desde una cultura se trata de definir lo bueno y lo malo. La materialización que encarna su propuesta llevada al terreno de la vida diaria son las normas. Su escenificación son los símbolos. Y su ideal teleológico se expresa a través de ideas y creencias.

En este contexto, la religión constituye un factor de definición identitaria. Su relevancia hace que sus propuestas no dejen indiferente; invitan a pronunciarse, a hacer profesión de fe o a oponerse. Ésta es una de las razones por las que destaca la capacidad movilizadora y vertebradora del discurso religioso. Así, Durkheim (Aron, p. 54 y ss.) afirma que «los dioses son los pueblos pensados

simbólicamente» ya que «los intereses religiosos no son más que la forma simbólica de los intereses morales y materiales».

Como desarrollo de esta lógica, si el Libro del Génesis dice que «Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza», la recíproca puede ser cierta. La idea de Dios, desde esta perspectiva, sólo es una forma de culto de la sociedad a sí misma, de modo que convierte la experiencia religiosa en un éxtasis en grupo con funciones de identidad y productoras de cohesión social.

«Lo trascendente toma entonces una dimensión social y mantiene la violencia fuera de la comunidad al sublimarla y hacerla sagrada» (García Caneiro, p. 124). Además, «la identidad del grupo, el nosotros, se refuerza con la religión hasta el punto de que resulta de mayor relevancia, sociológicamente hablando, el concepto de lo sagrado que el de Dios» (Aron, p. 55). Por eso los insultos a la religión son una forma de insultos al colectivo.

Civilización y religión

El concepto civilización es amplio pues es «conjunto de ideas, creencias religiosas, técnicas, artes y costumbres propias de un determinado grupo humano» (RAE). No en vano, la palabra civilización proviene del término latino *civitas* con el que se señala el estilo de vida de las ciudades. Para Toffler, «el término abarca materias tan variadas como la tecnología, la vida familiar, la religión, la cultura, la política, las actividades empresariales, la jerarquía, la hegemonía, los valores, la moral sexual y la epistemología» (Toffler, p. 41). Huntington por su parte la define como una «entidad cultural... el nivel más amplio de identificación» (Huntington, pp. 19 y 20).

Como es bien sabido, este último autor defiende la tesis de que «las grandes divisiones del género humano y la fuente predominante de conflicto van a estar fundamentadas en la diversidad de las culturas.... el choque de las civilizaciones dominará la política mundial; las líneas de fractura entre las civilizaciones serán las grandes líneas de batalla del futuro» (Huntington, pp. 15 y 16). Es decir, las civilizaciones se han constituido en la definición de la identidad colectiva y dividen el mundo en grandes bloques, en cuyas líneas de fractura se produce la fricción y el conflicto.

El discurso de Huntington identifica el «nosotros» en las civilizaciones y se fundamentaba en que las diferencias más relevantes entre pueblos no son las económicas, políticas o ideológicas sino las de signo cultural concluyendo de ello que, aun manteniendo el concepto de Estado su vigencia, las Relaciones Internacionales se caracterizarán por un equilibrio de poder entre las civilizaciones.

De hecho, considera que el conflicto se instala en las líneas de fractura que separan las siete civilizaciones en que el autor divide el mundo.

La globalización provoca que «las interacciones entre pueblos y gentes de diferentes civilizaciones intensifican la conciencia de civilización de los individuos y ésta a su vez refuerza diferencias y animosidades» (Huntington, pp. 24 y 25), al tiempo que los procesos de modernización despojan a los hombres de sus antiguas identidades.

Pero modernización no implica necesariamente occidentalización: «las sociedades no occidentales se pueden modernizar y se han modernizado de hecho sin abandonar sus propias culturas y sin adoptar indiscriminadamente valores, instituciones y prácticas occidentales» (Huntington, p. 57).

No siendo la cultura occidental universal, la modernización no es igual a la occidentalización, de modo que las pretensiones universalistas de Occidente acabarán por producir un choque de civilizaciones. Y es que la exportación de la democracia y el modelo capitalista no es otra cosa que la propuesta del *Fin de la Historia* de Fukuyama, además de una reformulación del *white men burden* decimonónico que implícitamente incorpora el propio código de valores occidental. Estos se convierten en una suerte de caballo de Troya al trasladar tanto un sistema de valores como la lógica cartesiana.

El elemento más significado de la civilización, en torno al cual se vertebra la cultura, es la religión. Por eso los conflictos ideológicos, han sido sustituido por otros con matices religiosos, sobre los que se cimientan ahora las relaciones de solidaridad. En este marco, una civilización como la occidental, que se presenta como universal, entra en colisión con el particularismo de las otras civilizaciones que así toman conciencia de sí mismas y comienzan a convertirse en sujetos de una dinámica de la que antes sólo formaban parte las naciones occidentales.

«La crítica que cabe hacérsele a Huntington es que conduce del determinismo biológico al determinismo cultural» (Ternon, p. 106). En cualquier caso, las diferencias de signo cultural no causan las guerras como tampoco las semejanzas garantizan la armonía. Muchas civilizaciones están fragmentadas al incorporar una pluralidad étnica, lingüística...

La religión como elemento de transversalidad y diálogo

Como ya apuntábamos, conocer al «otro» es imprescindible para mantener una relación; el conocimiento deshace barreras, facilita la empatía y favorece la alteridad. Como puede entenderse, la falta de anclajes, de referencias comunes,

dificulta el diálogo, teniendo en cuenta las dificultades de vehicular un mensaje que ha de transformarse en las claves de un tercero para tratar de hacerlo llegar.

La palabra diálogo procede de la suma de dos términos *día*, el cual cuenta con un sentido de tránsito y viene a significar «a través»; y *logos* que es «la palabra». El diálogo sería pues un proceso que se perfeccionaría a través de la palabra. El diálogo ecuménico afecta varias ramas de la misma religión; el término ecúmene (*οἰκουμένη*, *oikouménē*, «[tierra] habitada») es el conjunto del mundo conocido ocupado por una cultura, es pues un diálogo con más bases. Este diálogo sería europeo u occidental e incluiría a Iberoamérica. El diálogo ecuménico marca los límites de Occidente como concepto.

El diálogo interreligioso sería el que se establece entre religiones que no tienen un tronco o base común, y por ello, el más dificultoso. Jean Claude Basset lo define como el «intercambio de palabras y escucha recíproca que compromete en pie de igualdad a creyentes de diferentes tradiciones religiosas», de modo que lo interreligioso es «un lugar de encuentro e interpelación recíproca» (Basset).

Pero habría que plantearse los objetivos del diálogo. Este no puede ser la conversión de la contraparte, pues es absurdo en un pensamiento dogmático. Pero tampoco el inmovilismo de permanecer en el dogma, que lo haría igualmente carente de sentido. Este podría cifrarse en la tolerancia y en lo no religioso en tanto que compartido y frontera. Su dificultad radica en encontrar interlocutores representativos, aun dentro del propio cristianismo, toda vez la diversidad de ramas, lo cual hasta se agudiza en el mundo islámico.

Y es que, entre estas religiones, existe un espacio común que trasciende los dogmas y las diferencias teológicas, pero que, sin embargo, está constituido sobre los valores que de ellos se deducen; estos a su vez, superan el ámbito de lo religioso proyectándose sobre la sociedad civil. De este modo, las religiones convergen en el marco de los valores y en el espacio de lo no religioso. Un extraño espacio de encuentro. El diálogo interreligioso, por su contribución al entendimiento, va a ser muy necesario en el contexto de la convergencia que está provocando la globalización. Esta se desarrolla mediante flujos que favorecen el mestizaje; y además trae asociada un cambio significativo del orden global fruto del «ascenso de los demás» del que habla Zakaria. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2024